

V.

Como es de suponerse, grande fué el regocijo que recibió Tetzotzomoc al saber la muerte de Ixtlilxochitl, pero ese regocijo no fué completo al informarse de que habia quedado vivo el hijo de aquel monarca; así fué, que sin pérdida de tiempo mandó que le persiguiesen por todas partes, ofreciendo grandes recompensas al que se le presentase muerto ó vivo. Despues de esto se volvió á Atzacapuzalco, donde celebró con gran pompa sus victorias y publicó un perdon general para todos los que habian seguido la causa del emperador, con tal que reconociesen su supremo dominio, liberando de todo tributo durante un año á los vasallos del imperio y estados patrimoniales de Ixtlilxochitl, con el fin aparente de que se pudiesen recobrar de los daños sufridos en la guerra.

No bastando estas medidas á calmar el ánimo inquieto y suspicaz del tirano, apeló á un recurso que pinta por sí solo el carácter de aquel gobernante, y fué mandar cierto número de soldados que recorriesen las poblaciones del territorio conquistado, preguntando á todos los niños que encontrasen quién era su rey, y á los que contestasen que Ixtlilxochitl

ó Nezahualcoyotl, diesen muerte, mientras que colmaban de caricias y regalos á los que respondiesen que Tetzotzomoc. Esta órden, cuya barbaridad puede apenas concebirse, fué fielmente ejecutada, muriendo un gran número de niños, cuyos padres no habian tenido el tiempo suficiente para instruirlos en lo que debian contestar.

VI.

A pesar de estas medidas violentas que tenían por objeto afianzar el nuevo orden de cosas, Tetzotzomoc, como todos los usurpadores de talento, quiso dar á su dominacion una base legal, haciéndose jurar y reconocer solemnemente. A este fin despachó mensajeros que convocasen para cierto dia en su corte de Azcapuzalco, no solo á los príncipes inmediatos, sino tambien á los mas distantes, con el propósito de dar al acto toda la necesaria solemnidad. Véase ademas comprometido á cumplir la palabra que habia dado á los reyes de México y Tlaltelolco, y á los señores de Acolman, Coahuatlican, Chalco y Otompan, de partir con ellos lo que ganase si le ayudaban en la guerra; pero deseando por otra parte, conservar íntegro el imperio, discurrió un medio que da idea de su astucia, y segun el cual los dejaria contentos, dándoles todo en apariencia, pero nada en realidad. El medio fué el siguiente.

Pocos dias antes de la solemnidad mencionada, llamó á los dichos reyes y señores y les manifestó en un discurso hábilmente preparado, que lejos de haber olvidado la promesa hecha, meditaba cumplirla con mayor ventaja para ellos;

puesto que no solo queria dividirles las tierras conquistadas, sino hacerlos igualmente partícipes de la dignidad imperial. Esto se obtendria siendo todos reconocidos como cabezas del imperio, de suerte que los demas señores les quedarian sujetos y nada se podria determinar en materia de estado sin el concurso de los siete. Por supuesto que Tetzotzomoc y sus sucesores serian siempre reconocidos y jurados por los supremos y primeros monarcas, estando pronto á dar la investidura de reyes á los de Acolman, Chalco y Otompan, que no la tenían. En cuanto al gobierno de los pueblos, el imperio se dividiria en ocho partes, dos de las cuales tocarian al jefe supremo, á quien darian cuenta los demas de todo lo que en ellas se ejecutase. Respecto de tributos y servicios personales, ya Tetzotzomoc habia librado á los pueblos por un año, segun se ha visto, reservándose el ordenar lo que se hiciese sobre este punto, una vez cumplido el plazo. En resumen, el monarca de Azcapuzalco quedaba constituido de hecho en el único gobernante, de quien no eran los otros mas que subordinados, sin ninguna especie de autoridad propia. El arreglo, sin embargo, fué propuesto en tales términos, que los aliados aceptaron gustosos, dándose por satisfechos con aquella liberalidad inesperada.

Llegado el dia de la jura, que segun el cómputo de Veytia, fué á principios de 1419, concurrieron á Azcapuzalco los reyes antes referidos, y ademas los señores de Coahuatpec, Iztapalocan, Huexotla, Xochimilco, y algunos otros de los que tenían sus señoríos en el valle; faltando los de Tlaxcallan, Huexotzinco, Cholollan, Tepeyacac, Zatatlan, Tenamitec, Tollantzinco, y los llamados de montes afuera, así como los de mas lejanas provincias. El orgullo del tirano se sintió humillado con este desaire, y se propuso hacerles la guerra, obligándolos á que le reconociesen. No obstante, la ceremonia se ejecutó con toda la solemnidad acostumbrada por los monarcas chichimecas.

VII.

Si los colegas del nuevo emperador quedaron satisfechos, no sucedió lo mismo con los demás, ya porque unos eran partidarios de Nezahualcoyotl, y no podían ver en Tetzotzomoc más que un usurpador, ó bien porque otros, habiendo ayudado á este en la guerra emprendida contra Ixtlilxochitl, no se consideraban suficientemente premiados. Pero lo que con particularidad disgustaba á todos, era aquella especie de gobierno múltiple, cuya verdadera significación no alcanzaban á comprender.

No podía ocultarse este descontento á la perspicacia del emperador, así fué que mandó publicar un bando en todas las tierras de los acolhuas, haciendo saber á sus habitantes que había sido jurado y reconocido como supremo señor, á quien debían sujetarse y obedecer en todo; quedando declarado traidor el que no se sometiese, y sujeto en consecuencia á la pena de muerte, acompañada de los suplicios con que se castigaba á esta especie de criminales. En el mismo bando hacía saber que los seis reyes con quienes había dividido la dignidad imperial, eran los jefes inmediatos de sus pueblos respectivos para el despacho de los negocios, y termina-

ba amenazando con las más graves penas á todos los que de cualquier modo favoreciesen la causa de Nezahualcoyotl, al mismo tiempo que ofrecía grandes recompensas al que se le entregase vivo ó muerto.

VIII.

Mientras que esto pasaba, Nezahualcoyotl en su huida habia sido perfectamente recibido por los señores de Huetzincó y Tlaxcallan, parientes suyos; los cuales, aunque dispuestos á no seguir la causa de Tetzotzomoc, á quien no quisieron reconocer como emperador, no se atrevian á declararle la guerra, temiendo que dirigiese sobre ellos las numerosas fuerzas de que disponia. Así fué que aconsejaron al príncipe que por entonces se ocultase y permaneciese tranquilo, esperando que el emperador desarmase su ejército, luego que se creyese seguro en el trono, mientras que los señores de montes afuera irian proveyéndose en secreto de tropas y demas recursos para ayudarle en mejor ocasion.

Nezahualcoyotl comprendió sin dificultad que aquella era la única conducta que le tocaba observar por entonces, y se sometió resignado. Despues de algunos dias de permanecer en Tlaxcallan, volvió á favor de un disfraz á sus antiguos Estados y á los de los colegas de Tetzotzomoc, recorriendo las poblaciones y procurando informarse por medio de algunos parciales que le ocultaban, de la situacion que guardaban las cosas públicas. Hallábase en Tezcoco en los momentos que

se publicaba el bando de que antes hemos hablado, y cuando oyó, confundido entre la muchedumbre, el rigor que desplegaba el tirano en su persecucion, comprendió los grandes peligros que corria si acaso llegaba á ser descubierto, y sin prescindir del propósito de seguir explorando por sí mismo el estado de los ánimos, redobló las precauciones para no ser conocido de sus numerosos enemigos.

Cuéntase con este motivo una anécdota cuya version mas verosímil es la siguiente. Sabiendo Nezahualcoyotl que los chalcas estaban muy ligados con Tetzotzomoc, resolvió dirigirse á su territorio, en union de muy pocos criados, con objeto de conocer mas de cerca las disposiciones y proyectos del tirano. Sucedió, pues, que estando ya inmediato á la ciudad de Chalcoatenco, se adelantó solo, buscando donde apagar la sed que le consumia, no habiendo podido encontrar ninguna fuente. Vió entonces á una mujer, llamada Citlamiyauh, que estaba recogiendo el aguamiel de unos magueyes, y le pidió una poca. Ella le reconoció inmediatamente, y en vez de prestarle aquel humanitario servicio, comenzó á dar voces, pronunciando su nombre para que fuesen á prenderle. En vano Nezahualcoyotl trató de calmarla, y de hacerle comprender la fealdad de su accion; Citlamiyauh gritaba con mas fuerza, á fin de llamar la atencion de los campesinos; viendo, pues, que todas sus razones eran inútiles, y que su vida corria un riesgo inminente, puesto que aun cuando pudiera escapar del momento, ella instruiria á sus enemigos y les daria las señas suficientes para que le aprehendiesen, se resolvió á darle muerte, cortándole la cabeza con la macana que llevaba, y continuó su marcha por caminos extraviados.

No trataremos de calificar una accion que bastante la justifican las circunstancias en que fué cometida. El instinto de la conservacion propia, y mas que todo, las traidoras intenciones de Citlamiyauh, absuelven al fugitivo príncipe de un acto que mas que de venganza toma el carácter de defensa y de castigo. Algunos escritores, como Torquemada, han

raban los príncipes mas valientes, tuvieron que ceder los partidarios de Tayauh, contentándose con que su hermano le cediese el reino de Coyohuacán. Maxtla convino en ello, siendo inmediatamente reconocido por jefe del imperio.

Mientras que esto pasaba, y cuando á consecuencia del discurso de Maxtla, se habia producido la confusion de que hemos hablado, el prudente Nezahualcoyotl se retiró disimuladamente de la sala, comprendiendo que en su delicada posicion era peligroso tomar parte en la disputa, declarándose por alguno de los contendientes. Así fué que en el acto regresó á Tezcoco, satisfecho de haber escapado á la red que se le habia tendido. No se le ocultaba, sin embargo, que calmada la agitacion, y asegurado Maxtla en el trono, no dejaria de fijar su atencion sobre él, especialmente al observar el terreno que iba ganando en la estimacion pública. Resolvió, pues, redoblar las precauciones, manteniéndose en la apariencia con la mayor quietud posible, rodeado siempre de servidores fieles, y agitando en secreto sus negocios con mas actividad, pues preveia que no estaba lejos el momento en que fuese necesario tomar la defensiva.

La situacion del príncipe se hizo mas difícil cuando un hermano natural suyo, que le era desafecto, llamado Tlalmatzin ó Yancuiltzin, amigo de Maxtla, fué nombrado por éste gobernador de Tezcoco, reuniendo toda la jurisdiccion que se hallaba dividida entre sus antecesores. Nezahualcoyotl recibió la visita del nuevo gobernador, quien se manifestó para con él sumamente cortés y cariñoso; pero aquellas demostraciones no eran bastantes á ocultar á los ojos del perspicaz príncipe, los perversos intentos que en contra suya se abrigaban.

XIII.

El príncipe Tayauh, violentamente despojado del imperio por su hermano, segun hemos visto, aparentó resignarse, y despues de haber tomado posesion del reino de Coyohuacán, volvió á Azcapuzalco, resuelto á establecerse en la corte, á cuyo efecto comenzó á fabricar un palacio en el barrio de Atompan. Muy lejos estaba, sin embargo, de olvidar la ofensa que habia recibido, ni mucho menos de recobrar la herencia de su padre; así es que con frecuencia se trasladaba á México y á Tlaltelolco, cuyos reyes favorecian su causa, meditando en los medios para libertarse de la tiranía de Maxtla.

Cuatro meses habian pasado despues de la muerte de Tezotzomoc, cuando una noche se hallaban reunidos tratando de su negocio favorito Chimalpopoca y Tayauh, en el palacio del primero. Allí acordaron que inmediatamente que se concluyese la habitacion que estaba construyendo Tayauh en Azcapuzalco, convidase á su estreno al emperador, y al entrar solo con él en las piezas mas interiores, tuviese prevenido un collar de flores para echárselo al cuello como era costumbre. El collar estaria dispuesto de tal manera, que podria ahorcarle fácilmente. Para llevar adelante esta in-

fortunios del príncipe, y mas que todo, disgustados de la conducta del intruso emperador, favorecian la causa del heredero legítimo, mandándole en secreto abundantes recursos para su manutencion. Mas compasivas sus tias las reinas, resolvieron dirigirse á Azcapuzalco, con el fin de hablar al tirano y pedirle la vida de Nezahualcoyotl. El viaje se hizo con la pompa que requería el alto carácter de las solicitantes, sin escasear los ricos presentes de costumbre. Los achaques de la edad avanzada tenían ya reducido á Tetzotzomoc á tal estado, que no podia moverse por sí solo, siendo conducido en una silla preparada con algodón, en la cual le sacaban todos los dias á tomar el sol. En aquellas circunstancias las reinas se presentaron, y echándose á sus pies le pidieron con la mayor ternura la vida del príncipe, pintando con elocuentes colores sus infortunios, su inocencia, é insistiendo con particularidad en su impotencia para perjudicar al gobierno del emperador. Aquella solicitud fué hecha en tales términos, que el ánimo de Tetzotzomoc se dejó doblegar, y accedió al fin á lo que se le pedía, con la condicion empero de que residiria en la ciudad de México, de donde no podria salir sin expresa licencia suya.

X.

Aquí se presenta una nueva faz de la vida de Nezahualcoyotl. Haciendo uso del perdon concedido por el tirano, trasladóse á la ciudad de México, en donde supo conducirse con un tacto tan exquisito y tan profundo disimulo, que se captó la benevolencia de todos los que le trataban, y sin comprometerse en lo mas mínimo, ni despertar las sospechas del usurpador, consiguió adormecer á este al mismo tiempo que ensanchaba el círculo de sus partidarios.

Dos años pasó en esta situacion, al fin de los cuales las señoras mexicanas, cuyo cariño hácia Nezahualcoyotl habia aumentado al conocer sus relevantes prendas, dieron nuevos pasos para conseguir de Tetzotzomoc que extendiese los límites de la prision del príncipe. La prudencia de éste, su conducta irreprochable durante aquel tiempo, en que habia logrado hacer creer á sus perseguidores que los negocios públicos era lo que menos le preocupaba, facilitaron el éxito en gran manera: así fué que obtuvo sin dificultad el permiso de ir á Tezcoco, en donde se le dió para que habitase uno de los mejores palacios que tenían sus antepasados, concediéndosele ademas el señorío de algunos lugares pequeños, con

cuyos productos pudiera mantenerse, teniendo permiso para recorrerlos ó ir de México á Tezcoco. Continuaba, sin embargo, la prohibicion de alejarse de los límites prescritos, bajo ciertas penas.

A pesar de que este proceder por parte de Tetzotzomoc, indica que no abrigaba su pecho ninguna especie de temor acerca de las dificultades que pudiera suscitarle mas tarde el heredero legítimo del trono chichimeca, parece que en el fondo de su alma existia cierto género de desconfianza, efecto de la conciencia intranquila con una usurpacion que la mas próspera fortuna no podia justificar. Esto explica dos sueños que tuvo el tirano, y que le sumieron en la mayor alarma. En uno de ellos vió un águila gigantesca que se lanzaba velozmente sobre su cabeza, y despues de llenarle de heridas le rasgaba el pecho y le sacaba el corazon y las entrañas para comérselas en seguida. La noche siguiente se le representó un enorme tigre, que le embestia con gran ferocidad, y sin poderse defender le hacia pedazos los pies.

Deja suponerse el efecto que estos sueños causarían en el ánimo supersticioso de Tetzotzomoc, quien inmediatamente mandó llamar á los adivinos para que se los explicasen. Estos, en ambos casos, fueron de opinion que así el águila como el tigre significaban el príncipe Nezahualcoyotl, quien no solo destruiria la familia del monarca reinante, sino que extenderia el exterminio á sus fieles vasallos, que era lo que indicaban los pies despedazados por la fiera. La conclusion de este funesto vaticinio se concretaba á dar muerte al príncipe, único medio de que no se realizara.

Al oír esta explicacion, que por lo demas nada tenia de forzada, Tetzotzomoc hizo comparecer á su presencia á sus tres hijos, Maxtla, Tayauh y Atlatocayepaltzin, y á los miembros de la familia que le inspiraban mas confianza. Refirióles tanto los sueños como la interpretacion que de ellos habia recibido, y añadió que hallándose á las puertas del sepulcro, pues no esperaba ya vivir muchos dias, no se sentia con la energía necesaria para dictar las órdenes que exigia el

pronto remedio; pero que les recomendaba que luego que muriese, y cuando Nezahualcoyotl fuese á los funerales y á darles el pésame, como era natural, se apoderasen de su persona dentro del mismo palacio, y dándole muerte asegurasen la cuantiosa herencia que les legaba. Los circunstantes oyeron con la mayor atencion aquellas extrañas revelaciones, y ofrecieron cumplir al pié de la letra las órdenes del moribundo monarca.

XI.

Poco tiempo despues, sintiéndose el emperador gravemente enfermo, reunió en derredor de su lecho á sus hijos, á los principales señores de su corte, á los reyes de México y Tlaltelolco, y á los príncipes mas cercanos en parentesco. Manifestóles que estaba cercana la hora de su muerte, y que aunque segun la ley y la costumbre debia nombrar para sucesor á su hijo primogénito Maxtla, el genio altivo de éste, poco simpático para sus vasallos, le hacia preferir, á pesar del grande amor que le tenia, á su segundo hijo Tayauh, quien por su carácter dulce y humano, á la vez que recto y valiente, podria conservar la sumision y respeto de los pueblos. Tayauh, pues, seria su heredero en el reino tepaneca y en el imperio de Tezcoco, mientras que Maxtla, con la investidura de rey, recibiria el señorío de Coyohuacan. Entre estas solemnes disposiciones no se olvidó la de quitar la vida á Nezahualcoyotl, base indispensable para llevar á cabo el proyecto político de perpetuar en el poder á la familia real de Azcapuzalco.

El dia siguiente al en que pasó la escena que acabamos de describir, y que segun el cómputo de Veytia, corresponde al

2 de Febrero de 1427, murió Tetzotzomoc, uno de los personajes mas célebres de la historia mexicana, así por su valor guerrero, como por su talento y astucia en la política. Celebráronse sus funerales con la mayor pompa, cual convenia á su elevado carácter. Al cuarto dia se presentó Nezahualcoyotl, quien recibió en Tezcoco la noticia de la muerte del tirano, juntamente con la disposicion de que habia hecho ejecutores á sus herederos para que le quitasen la vida. El riesgo era inminente, y sus deudos y amigos trataron de disuadirle de que hiciese un viaje que podia considerarse como una verdadera temeridad; Nezahualcoyotl, sin embargo, con esa osadía que acompaña á los séres superiores, despreció el peligro, sin que los pronósticos de los agoreros lograsen hacerle desistir de su empresa.

Llevó para que le acompañasen á su sobrino Tzontecohuatl y á algunos criados de confianza; y despues de caminar toda la noche por la laguna, llegó al amanecer á Azcapuzalco. Sin detenerse, entró al palacio del difunto monarca, y se presentó en el salon en donde se hallaban reunidos los hijos de Tetzotzomoc y los demas señores y aliados. Todo su continente revelaba la mas perfecta tranquilidad y desembarazo; ofreció á los príncipes algunos valiosos presentes, como se acostumbraba en tales casos, y les dirigió una alocucion manifestándoles en términos escogidos la parte que tomaba en su dolor.

Tomó la palabra para contestarle el príncipe Maxtla en su calida l de hermano mayor, y luego que hubo terminado se le acercó Tayauh para indicarle en voz baja que no debia perderse la oportunidad de cumplir las órdenes de su padre; Maxtla, no obstante, se opuso, pretextando que en aquellos momentos debia dirigirse toda la atencion á la solemnidad de los funerales, en cuyo propósito influyó el resentimiento que abrigaba contra su hermano por la exheredacion de que habia sido víctima, meditando ya que Nezahualcoyotl le pudiese ser útil en la resolucion que tenia formada para recobrar sus derechos, y considerando que le era necesaria en

tal empresa la cooperacion de los reyes de México y Tlaltelolco, quienes por el cariño que profesaban á aquel príncipe, no podrian ver su muerte sin profundo disgusto. Así fué como los proyectos ambiciosos del que se creia heredero legítimo, impidieron que se cometiese un frio y cobarde asesinato.

XII.

Concluidos los funerales del emperador, regresó la comitiva al palacio; sirvióse un espléndido almuerzo, despues del cual Tlacateotzin, rey de Tlaltelolco, tomó la palabra como mas anciano, y propuso que en conformidad con la última disposicion de Tetzotzomoc, se procediese á jurar por heredero al príncipe Tayauh, poniéndole en posesion de la corona y prestándole la debida obediencia, á fin de evitar ulteriores dificultades. Inmediatamente el impetuoso Maxtla se levantó y manifestó con la mayor energía, que si habia callado ante la resolucion de su padre, habia sido solo efecto de respeto; pero que ni por un momento habia entrado en su ánimo ceder á favor de nadie los legítimos derechos que tenia á la sucesion; añadiendo que estaba seguro de que la mayor parte de los príncipes abrigaban la resolucion de apoyarle, y que pedia, por lo mismo, que antes que la reunion se disolviese, se le jurase como jefe supremo del imperio, en la inteligencia que los que se rehusasen, sentirian bien pronto las consecuencias de su indignacion.

No es menester pintar la confusion que las palabras de Maxtla produjeron; sin embargo, viendo que por él se decla-

raban los príncipes mas valientes, tuvieron que ceder los partidarios de Tayauh, contentándose con que su hermano le cediese el reino de Coyohuacán. Maxtla convino en ello, siendo inmediatamente reconocido por jefe del imperio.

Mientras que esto pasaba, y cuando á consecuencia del discurso de Maxtla, se habia producido la confusion de que hemos hablado, el prudente Nezahualcoyotl se retiró disimuladamente de la sala, comprendiendo que en su delicada posicion era peligroso tomar parte en la disputa, declarándose por alguno de los contendientes. Así fué que en el acto regresó á Tezcoco, satisfecho de haber escapado á la red que se le habia tendido. No se le ocultaba, sin embargo, que llamada la agitacion, y asegurado Maxtla en el trono, no dejaria de fijar su atencion sobre él, especialmente al observar el terreno que iba ganando en la estimacion pública. Resolvió, pues, redoblar las precauciones, manteniéndose en la apariencia con la mayor quietud posible, rodeado siempre de servidores fieles, y agitando en secreto sus negocios con mas actividad, pues preveia que no estaba lejos el momento en que fuese necesario tomar la defensiva.

La situacion del príncipe se hizo mas difícil cuando un hermano natural suyo, que le era desafecto, llamado Tlalmatzin ó Yancuiltzin, amigo de Maxtla, fué nombrado por éste gobernador de Tezcoco, reuniendo toda la jurisdiccion que se hallaba dividida entre sus antecesores. Nezahualcoyotl recibió la visita del nuevo gobernador, quien se manifestó para con él sumamente cortés y cariñoso; pero aquellas demostraciones no eran bastantes á ocultar á los ojos del perspicaz príncipe, los perversos intentos que en contra suya se abrigaban.

XIII.

El príncipe Tayauh, violentamente despojado del imperio por su hermano, segun hemos visto, aparentó resignarse, y despues de haber tomado posesion del reino de Coyohuacán, volvió á Azcapuzalco, resuelto á establecerse en la corte, á cuyo efecto comenzó á fabricar un palacio en el barrio de Atompan. Muy lejos estaba, sin embargo, de olvidar la ofensa que habia recibido, ni mucho menos de recobrar la herencia de su padre; así es que con frecuencia se trasladaba á México y á Tlaltelolco, cuyos reyes favorecian su causa, meditando en los medios para libertarse de la tiranía de Maxtla.

Cuatro meses habian pasado despues de la muerte de Tezotzomoc, cuando una noche se hallaban reunidos tratando de su negocio favorito Chimalpopoca y Tayauh, en el palacio del primero. Allí acordaron que inmediatamente que se concluyese la habitacion que estaba construyendo Tayauh en Azcapuzalco, convidase á su estreno al emperador, y al entrar solo con él en las piezas mas interiores, tuviese prevenido un collar de flores para echárselo al cuello como era costumbre. El collar estaria dispuesto de tal manera, que podria ahorcarle fácilmente. Para llevar adelante esta in-